

— Está bien.

Retrocedió un paso y dijo sonriendo á miss Harvey :

— Nos ha dado usted esta noche una fiesta deliciosa, y miss Hawkins ha cantado de un modo divino.

XI

Jenny Hawkins acababa de entrar en su departamento de *Tavistock-Street*. En pie en medio del salón alumbrado por dos lámparas de encima de la chimenea, caído el abrigo hasta la cintura, despidió á la doncella diciendo que se desnudaría sola, y se puso á acechar en el silencio la llegada del formidable visitante esperado.

Un ruido en la calle, solitaria á aquellas horas ; un paso precipitado en la escalera y una mano impaciente que golpeaba la puerta. Lea atravesó el pasillo oscuro, y fué á abrir. Á la tenue claridad que salía por la puerta entreabierta, reconoció á Jacobo á pesar de traer el sombrero echado sobre los ojos y el cuello del gabán levantado hasta la nariz.

Freneuse entró bruscamente, pasó por delante de ella, se detuvo en el salón alumbrado, sin volverse siquiera para ver si ella le seguía, se quitó el sombrero y el gabán y apoyándose en la chimenea, miró fijamente á la que poseía el secreto de que dependía su salvación. Lea, aterrada pero más

hermosa todavía por su mismo espanto con su traje blanco y sus hombros espléndidos, esperaba con la cabeza baja que él empezase á hablar. Jacobo dijo con acento de terrible ironía :

— Los muertos pueden volver á la tierra, Lea, puesto que estás viva delante de mí, que fui condenado por matarte. Te creías desembarazada del infeliz Jacobo, ¿ verdad? Y dormías tranquila creyéndome en una tumba más segura que la tuya. Yo también he salido, sin embargo, y vengo a pedirte cuenta de todo lo que he sufrido.

Lea movió la cabeza y dijo sordamente :

— ¿ Has sido tú sólo el que ha sufrido? ¿ La responsabilidad de lo ocurrido es de los demás ó de tí mismo? ¿ Es posible que hayas olvidado lo que hiciste? Dos años son largos, cuando se sufre, y dan tiempo para reflexionar. ¿ Has examinado tu conducta al mismo tiempo que juzgabas la de los demás?

— ¡ Desgraciada! Me recuerdas las horas más tristes de mi existencia, aquellas en que, solo y aherrojado, me volvía loco buscando las causas de mi desdicha. ¿ Cómo había de juzgar lo que no podía comprender? Lo ignoraba todo en mi suerte; mi infortunio era para mí un enigma indescifrable. Por muy grandes que hubiesen sido mis faltas no bastaban para justificar el exceso de mi miseria. ¡ Establecer responsabilidades! ¿ Cómo hacerlo en la oscuridad de mi espíritu? Lea Peralli

muerta; ¿ por qué? ¿ Cómo y á manos de quién? Ni los jueces, ni los jurados, ni mi abogado mismo, vieron lo que era imposible sospechar, aquel lazo infame en que era cogido un inocente. Y mientras yo me moría de dolor y de ignorancia, la pretendida víctima huía y se burlaba de la justicia y de la inocencia y se regocijaba con su cómplice por haber llegado á tan dichoso desenlace... Yo, con la cabeza llena de tinieblas, sometido á unos jueces que me tomaban por un malvado endurecido, á unos abogados que me encontraban estúpido porque callaba cuando era preciso defenderme, á unos guardianes que se mofaban de mí, á una prensa moralizadora que me arrastraba por el fango, á mi falta de conocimiento, que hasta me incitaba á creer en un crimen, fui á dar en Numea, entre bandidos y bajo un cielo de fuego. Y todo ¿ por qué? Por haber tenido la desgracia de amar á una criatura feroz que jugaba con mis sufrimientos y se felicitaba por mi abyección.

Lea levantó los brazos y por primera vez miró á Jacobo con ojos aún turbados por el terror.

— ¡ No! No por haber tenido la desgracia de amarla, replicó, sino por haber cometido la indignidad de hacerla traición...

Á estas palabras, primer rayo de luz en la oscuridad que le envolvía hacía dos años, Jacobo se estremeció y toda su inteligencia se puso en tensión para penetrar el misterio.

— ¡ Ah! Empiezas al fin á confesar, infame...
¡ Querías vengarte!

— Sí, contestó Lea con energía. Lo quise porque tú me obligaste. Y la mayor parte de lo ocurrido lo hizo la casualidad.

— ¡ Al fin voy á saber! exclamó Jacobo en una especie de delirio. ¡ Te tengo aquí, maldita, y hablarás ¿ entiendes? aunque tuviera que arrancarte tu secreto del corazón con las uñas! ¡ Oh! no tendré piedad, como tú no la tuviste. No cuentes con ninguna gracia. ¡ Vas á decirlo todo ó, por mi honor, que te mato, y esta vez no resucitarás!...

Se irguió espantoso y su cara expresó una implacable resolución. Pero Lea parecía más tranquila á medida que él se mostraba más exaltado. Se sentó lentamente en una silla, cerca de Jacobo, y dijo con dulzura:

— Es inútil que me amenaces; estoy resuelta á hablar. Si no te hubieras presentado á mí y yo hubiera sabido tu presencia en Londres, te hubiese ido á buscar. Hace mucho tiempo que este secreto pesa sobre mi conciencia y que el remordimiento me tortura... Hablas de lo que has sufrido... Vas á saber lo que he sufrido yo y después compararás. Acaso tu prisión no era más dura que mi libertad, porque tú tenías derecho de llorar, de maldecir, mientras que yo estaba obligada á brillar, á divertir á los demás, á encerrar mi dolor en mi

misma. No he sido la única culpable, pero sí sola para sufrir la expiación.

— ¿ Tenías cómplices?

— Uno solo.

— ¿ Sorege?

— Sí.

— ¡ El miserable! ¿ Y por qué quiso perderme?

— Porque me amaba.

Jacobo se quedó inmóvil, silencioso, respirando apenas, tan oprimido estaba por la angustia de aquel momento solemne. Por fin preguntó:

— ¿ Pero tú, por qué te prestaste á su infamia?

¿ Por qué contribuiste á perderme?

Lea contestó en tono brusco y desesperado:

— ¡ Porque te amaba!

— ¿ Y por eso me condenaste á un suplicio peor que la muerte?... ¿ Quién era, pues, la mujer asesinada? ¿ Qué te había hecho?

— Lo mismo que tú. Me hacía traición descaradamente; iba á marcharse contigo; me insultaba con su triunfo y se burlaba de mis celos...

Jacobo se estremeció. Acababa de comprender.

— ¡ Era Juana Baud!

— Sí; era ella.

— ¿ Y quién la mató?

Lea levantó orgullosamente la cabeza y respondió con acento terrible.

— ¡ Yo!

— ¡ Tú, desgraciada! ¿ Y cómo?

— Vas á saberlo.

Todo quedó en silencio, solamente turbado por la respiración anhelosa de Lea. El rumor de la ciudad dormida se apagaba á lo lejos con el sordo rodar de los ya escasos coches. Jacobo se sentó sombrío y cansado en un sofá, y seguro ya de saber lo que con tanto ardor había deseado, se dispuso á escuchar sin prisa. Lea, inclinada hacia él, con la cara ensombrecida por una violenta emoción, los codos sobre las rodillas y balanceando el cuerpo por un movimiento inconsciente, habló con voz entrecortada:

— Bien sabes cuánto te he amado y con qué pasión tan exclusiva. Durante dos años fuiste toda mi vida. Mis costumbres, mis gustos, mis caprichos, todo lo subordiné á tu fantasía y jamás un rey fué más complacientemente adulado por una favorita que todo lo esperase de él, que tú lo fuiste por esta mujer que nada quería ni esperaba. Yo no era venal y nunca te pedí dinero. Vivía de tu vida y si tú dilapidaste tu fortuna, me harás la justicia de confesar que nunca te incité á ello ni tuve nada que ver con tu ruina. Tú me revelaste el amor. Antes de conocerte, sólo había tratado indiferentes; mi marido y algunos botarates de mi país que ningún poder tenían sobre mis sentidos. Tú me volviste loca el primero y me adherí á tí con un ardor igual á la dicha que me dabas. Me traías á todos tus amigos, orgulloso de mi belleza y sin que jamás parecieses celoso. ¿ Para qué, si

sabías que no existía para mí más hombre que tú? Todos los compañeros de tu vida disipada me hicieron el amor, menos Tragomer, que desconfiaba de mí, y tú lo supiste de todos excepto de uno á quien juzgué desde el primer día y que me daba miedo.

— ¿ Sorege? preguntó Jacobo.

— Sorege. Ese no era un vividor insignificante como los demás. Se imponía por la originalidad de su actitud y la ironía de su palabra. No podía pasar inadvertido, y cuando se le había conocido una vez, había que acordarse de él, aunque no fuera más que para odiarle. Solamente me inspiró temor. Se acercó á mí y con maneras cautelosas encontró medio de expresarme los sentimientos que le inspiraba, sin ninguna confesión que pudiera comprometerle. Sabía precaversé contra una revelación de mi parte, y si yo me hubiera visto obligada á repetir sus palabras, nada incorrecto se hubiera visto en ellas. Yo no me atrevía á bromear contigo sobre sus pretensiones como lo hacía sobre las de otros, y seguro de la impunidad, ya no se contuvo y me aseguró que por un medio ó por otro me obtendría. Le respondí de un modo que debió hacerle mucho daño, porque por primera vez le vi palidecer y descomponerse. Con espantosas amenazas me juró que aunque tuviera que causar tu pérdida, me libraría de tí, pues bien sabía que mi amor me impediría cedér de buen grado.

— ¡Cobarde! exclamó Jacobo, con la cara contraída por el furor. ¿Por qué no me dijiste nada?

— Porque empezabas á separarte de mí, lo conocía, y no quería perder una ocasión de probarlo por medio de sus revelaciones. Desempeñaba el papel de Yago con un arte feroz. Solamente que era á Desdémona á quien dedicaba sus envenenadas confidencias. Todo lo que tu ciega confianza le hacía saber de tus negocios ó de tus placeres, venía á repetírmelo. Yo quería alejarle, porque me torturaba, pero tenía sed de saber y me prestaba á sus delaciones creyendo aprovecharlas para conservarte. Nuestras conversaciones eran unas salvas de injurias. Yo le colmaba de maldiciones y él me insultaba groseramente con su seguridad de poseerme. Vino para nosotros la época de los apuros; las deudas crecían y los acreedores se volvían exigentes. Tú, más loco que nunca pasabas las noches jugando en el círculo y los días en las carreras, y yo, abandonada por el hombre á quien amaba, vivía entregada sin defensa á las inspiraciones violentas de mi carácter. En aquellos momentos peligrosos para mí conocí á Juana Baud. Quería hacerse cantante y me rogó que le ayudase á rectificar su mala pronunciación italiana. Yo estaba sin ocupación y sumida en horrible fastidio, y acepté por distracción y porque aquella muchacha me agradaba. Tú la recuerdas, joven, alegre, risueña, viviendo en el mayor descuido y ávida so-

lamente de placer, al que se entregaba con locura. Nunca había yo tenido por amigas sino mujeres honradas. La viveza de las efusiones de Juana me pareció singular, pero era tan tierna, tan encantadora, que atribuí á la amistad lo que debía explicarse por pasión. Tomé mucho cariño á aquella muchacha, sin sospechar cómo me amaba ella, y solamente una noche, al volver de la ópera, tuve la revelación repentina de lo que pasaba en su ánimo. Acabábamos de cenar las dos y te estaba esperando, cuando llamaron á la puerta.

— Es Jacobo, exclamé, habrá olvidado su llave. Espera: voy á abrir.

Fui al vestíbulo y pregunté á través de la puerta:

— ¿Eres tú, Jacobo?

Pero la voz de Sorege me respondió:

— No, soy yo. Necesito decir á usted una palabra. Me voy en seguida.

Tuve intenciones de despedirle, pero la presencia de Juana me tranquilizó. Abrí y Sorege entró en casa sin sospechar que no estaba sola. Sin sentarse me dijo en seguida:

— ¿Espera usted á Jacobo? No vendrá.

— ¿Por qué?

— Porque está en otra parte.

— ¿En el círculo?

— No, acaba de salir de allí.

Se reía al hablar así, el monstruo, sabiendo

todo el mal que me hacía. Palidecí y él me dijo :

— Mírese usted en el espejo, Lea, y vea su cara descompuesta. Ese Jacobo va á matar á usted si no toma el partido de dejarle. La engaña lo bastante para que le haga usted lo mismo.

— ¡ Cállese usted, miserable ! Bien sabe que si le engaño alguna vez, no será con usted.

— ¡ Á que sí ! Y más pronto de lo que usted cree. ¡ Es matemático ! Usted será mía y Jacobo mismo habrá de procurarlo. Una mujer como usted no se resigna al abandono ni á que la engañen con viejas como la Deverrière y la Tresorier, ó con mujerzuelas, como...

Le interrumpí furiosa :

— Aunque Jacobo fuera mil veces más infiel, no le engañaría con usted. Con otro, puede... ¡ Sí ! Si supiera que eso le hacía á usted sufrir, acaso...

Sorege hizo un movimiento de cólera, y cogiéndome bruscamente por el cuerpo, balbuceó :

— ¡ Ahora mismo entonces ! Ya te tengo...

Era forzudo y me había echado en un sofá. Yo me defendía llenándole de injurias al luchar, cuando la cortina del comedor se levantó y apareció Juana diciendo tranquilamente :

— ¡ Ande usted, señor de Sorege ! No se moleste por mí ¿ Quiere usted que le ayude ?

El efecto fué inmediato. Sorege se levantó exasperado por su fracaso y temblando por sus esfuerzos, y salió sin decir palabra, pero echán-

donos una mirada mortal. Yo, con los nervios reforcidos y el corazón desgarrado, prorrumpí en sollozos y Juana, arrodillada á mi lado, se esforzó por consolarme. Sus besos enjugaban mis lágrimas y sus abrazos se estrechaban á medida que sus palabras se hacían más tiernas. Estaba en sus brazos sin saber lo que hacía y sin pensar en lo que me decía Juana, á la que escuchaba aturdida sin otra sensación que la del agrado que producen las muestras de cariño después de una agresión brutal y de la espera indefinida de un amante infiel... Pasaba el tiempo y yo perdía la esperanza de verte volver. Juana me ofreció quedarse á mi lado con una voz tan suplicante, que no pude oponerme. Además era una mujer y me parecía que así no me hacía culpable para contigo. El día siguiente tuve vergüenza y quise no volver á recibir á aquella loca, pero la ví llorar y comprendí qui iba á hacerle sufrir los mismos dolores que yo pasaba por tí, sin contar que encontraba cierta dulzura en tener un corazón á quien confiar mi pena... Así pasaron seis meses, los peores de mi vida. Te amaba más y con más pasión desde que no te pertenecía exclusivamente y prefería la muerte al pensamiento de separarme de tí. Debes recordar el fin de aquel horrible período, durante el cual pasabas en el juego los días y las noches, poseído de un vértigo en el que debían zozobrar tu fortuna, tu honor y tu vida. Sorege, que había

vuelto como si nada hubiera pasado, me tenía al corriente de todas las fases de la partida empeñada por ti. Se había vuelto risueño y ya no me hablaba de amor. Debí temerlo todo, pero una especie de aturdimiento me dominaba y no estaba verdaderamente en posesión de mi razón. Vivía en una especie de desequilibrio moral y de tensión nerviosa que me tenían á merced de los impulsos de mi desesperación y de mi cólera. Te vi llegar loco de angustia, después de haber perdido cuanto tenías y debiendo pagar una suma en el círculo, so pena de ser expulsado, y te di mis alhajas para empeñarlas como te hubiera dado mi vida si me la hubieras pedido. Entonces — oye bien esto — entonces fué cuando se produjo aquel espantoso episodio que me hizo perder la razón y trajo todos los desastres.

Con la voz enronquecida por la emoción que le producían aquellos terribles recuerdos, Lea se calló un instante. Jacobo, impasible, no la interrumpía ya, poseído por el punzante interés del relato. Ni los sufrimientos inmerecidos de su antigua amada ni sus goces criminales le habían arrancado ni un suspiro. Había permanecido mudo ante las confesiones de celos y de traición. Él había expiado sus faltas y no tenía remordimientos. ¿Qué importaba lo que Lea decía de Sorege, de Juana, de ella y de él mismo! Lo que estaba ávido de saber era cómo le habían perdido y cómo podría

rehabilitarse. Lea se pasó el pañuelo de encajes por la húmeda frente y comprimiéndose el corazón, que latía con fuerza, continuó:

— Oye lo que sucedió, imprevisto y monstruoso. El día siguiente de aquel en que te di cuanto poseía, recibí la visita de Sorege. Se presentó frío, la cara grave y como impresionado por un suceso de importancia. Se sentó y me miró en silencio con una expresión de piedad que nunca le había visto. Por fin habló y desde las primeras palabras mi furor no reconoció límites. Venía á contarme que eras el amante de Juana y que no teniendo esperanza de reponerte en París, habías resuelto partir con ella á Londres, donde acababa de firmar una contrata sin que yo lo supiera. Aunque acostumbrado á mis accesos de cólera, Sorege pareció alarmado y trató de calmarme con su pérfido aire de bondad.

— Bien había yo previsto que llegaría el momento en que tendría usted que contar con un amigo verdadero. Ya ve usted la inconstancia de su amante y la ingratitud de su amiga. Uno y otra la insultan y la engañan. ¿Vacilará usted en romper la primera con Jacobo y en poner en la puerta á esa insensata á la que ha hecho usted tantos favores?

Yo quise protestar, discutir.

— ¿Quién me dice que usted no me engaña? Le creo capaz de todo para conseguir sus fines. ¿Cómo no habría yo sospechado ni visto nada de su

intimidad? Tiene usted mucho interés en mentir para que le crea fácilmente.

— No se trata ya de discutir, dijo friamente. Sepa usted que el mismo Jacobo me ha dado los detalles que acabo de contar. Juana, que habita un departamento amueblado, lo ha despedido la semana pasada. Sus baúles están hechos desde ayer y va á dejarlos en depósito en la estación del Norte. Ella se va á Boulogne y él saldrá por otra línea é irá á reunirse con ella. ¿Es claro todo esto?

Hablaba con tal calma, que no traté ya de discutir ni dudé más. La verdad me anonadaba y una rabia loca empezaba á hervir en mi corazón. Bramaba de rabia, en aquel saloncito en el que había pasado horas tan dichosas, al verme vendida y abandonada á la vez por mi amiga y por mi amante. Sorege en tanto estaba impasible y sin decirme una palabra de consuelo, como si contase para su triunfo con el exceso de mi mal. Me miraba en silencio y por fin me dijo :

— ¿No debe ver á usted Juana antes de partir?

— La esperaba en seguida. Mis criados tienen permiso y yo debía comer con ella... Pero no vendrá; no tendrá esa impudencia.

— ¿Quién sabe? dijo Sorege. Es muy grande y muy delicado el placer de asistir á la mistificación que uno mismo ha preparado y gozar de la confianza estúpida de aquel á quien se engaña. No me sor-

prendería que viniese á dar á usted un beso antes de robarle su amante...

— ¡Pobre de ella! exclamé.

— ¡Bah! ¿Qué iba usted á hacer? No creo que pensase sacarle los ojos ó abrirle la cabeza. Eso sería muy vulgar.

No respondí. Por mi cabeza enloquecida y en la que las ideas parecían chocar unas con otras con un ruido de olas, pasaron fulgores siniestros. Me sentía arrebatada por un vértigo de muerte. Sorege me dijo :

— Siento mucho haber prevenido á usted, porque me parece dispuesta á hacer tonterías. ¡Vamos! cálmese usted. Después de comer vendré á ver si está más tranquila y espero encontrarla razonable.

Se marchó y yo me quedé como desvanecida en un sofá, con la cabeza en los cojines, dando vueltas al veneno que había vertido en mi pensamiento aquel monstruo que, según he visto claramente después, lo había combinado todo para impulsarme á un acto de suprema demencia. Un campanillazo me sacó de mi sopor y me hizo poner en pie. Miré el reloj y eran las siete. Abrí y vi á Juana. Entró alegremente, me besó en la oscuridad del vestíbulo y me siguió tarareando hasta el salón donde se quedó admirada viendo á la luz del crepúsculo mi extremada palidez, mi desorden y mi angustia.

— ¿Qué tienes? me preguntó inquieta.